

Café. — Planta oriunda de *Arabia*; es un encantador arbusto, de flores blancas y odoríferas, que son reemplazadas por frutos encarnados, parecidos á pequeñas cerezas, y que sirven de envoltura á dos de esas semillas que llamamos *granos de café*. Los más estimados son los de *Moka*, *Java*, *Borbón*, *Martinica*, *Guadalupe* y *Guayana holandesa*. Este cultivo se ha extendido por todos los países cálidos; sin embargo, el café de *Moka* sigue pasando por el mejor.

El aspecto del campo seguía siendo magnífico y encantador; mimosas de delicado perfume, rosagos rojos ó azafranados, azaleas rosadas y celestes, mil flores desconocidas por nuestros viajeros, cubrían



Sagotal.

los espacios no cultivados; en los estanques se abrían nenúfares de todos colores. Entre ellos se distinguía la *victoria regis*, de anchísimas hojas y cuyas flores blancas, de corazón purpurino, tienen hasta treinta centímetros de diámetro. Ya se atravesaba un bosque de *sagotales*, de *sándalos*, de palo de *teck*, *árboles de copal* y *del pan*; ya se veían *helechos arborescentes*, tan altos como verdaderos árboles, que formaban alamedas cubiertas, sobre las cuales balanceaban sus copas los cocoteros con sus frutos; ya se descubrían naranjos cargados de mil dorados frutos. Los monos, que retozaban en esa vegetación magnífica, interrumpían sus juegos para verlos pasar, y más de uno, tomando á Miguel por un antiguo camarada, se acercó á hacerle muecas ó le saltó familiarmente al hombro.

Sagú. — Es una fécula extraída de un árbol llamado *sagotal*, especie de palmera que crece en las *islas de la Sonda*, las *Molucas* y las *Filipinas*. También se le cultiva en la *América central*. Para

extraerlo, se derriba el árbol y se le quita la medula, machacándola y desliéndola en agua. Déjase en reposo y así se obtiene una pasta que se pone á secar á la sombra y que se usa como alimento. El sagú cocido se parece mucho á la *tapioca*, que se extrae de la *mandioca*.

Sándalo. — Árbol grande que se da en la India y en las islas de Oceanía. El *sándalo citrino* tiene olor aromático muy agradable. Con él se fabrican multitud de objetos pequeños de escritorio ó tocador, abanicos, etc., ó bien se le quemá para aromatizar la atmósfera. El *sándalo rojo* produce una materia de este color, que se emplea en tintorería.

Teck. — Árbol corpulento de la India y las *islas de la Sonda*. Es el más precioso que existe para construcciones navales; dura tres veces más que la mejor encina.

LXXVII. — BAJADA AL TANKUBANPRAHÁN.

Después de pasar la noche en la aldea situada al pie del volcán, se pusieron en camino por la mañana, mucho antes de que saliera el Sol. La silueta del Tankubanprahán se dibujaba vagamente en el cielo, teñido apenas por los primeros arreboles del día. El camino serpenteaba por entre árboles enormes, y éstos se enlazaban unos con otros mediante bejuco que parecían serpientes. Á medida que subían, el olor del azufre venía poco á poco á reemplazar las puras emanaciones de la floresta, provocando la tos de los viajeros. El color verde iba haciéndose pálido; los árboles empezaban á escasear; los que subsistían no presentaban sino un tronco desprovisto de hojas y ni siquiera se divisaba alma viviente. En todas partes reinaba silencio de muerte.

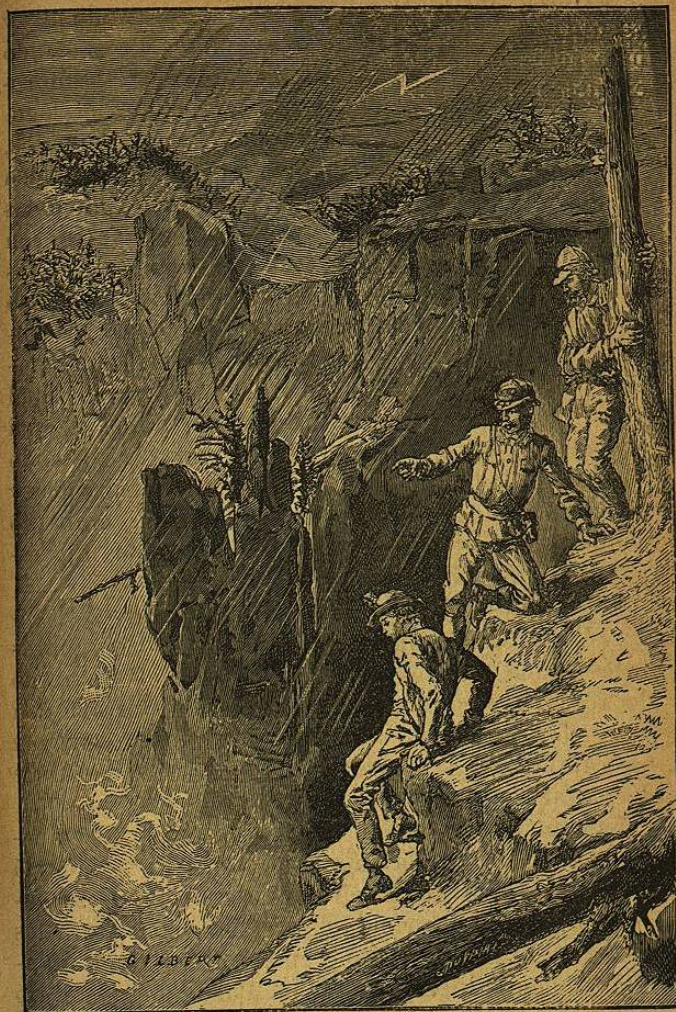
Después de tres horas de fatigosa subida, en medio de una naturaleza desolada, llegaron nuestros viajeros á la cima de la montaña.

Desde allí penetraba la vista en la ancha y profunda hondonada que constituía el cráter del volcán. En el fondo había un lago, que hervía y echaba humo. Por todas partes se alzaban montículos, de que salían densas columnas de vapores sofocantes, difíciles de respirar.

Al cráter se bajaba por un sendero pendiente y tortuoso, que tomaron nuestros amigos y resbalando cien veces sobre la ceniza caliente que se desmoronaba bajo sus pies, llegaron así á orillas del lago. En las orillas yacen multitud de árboles calcinados, que han rodado por la pendiente y que se deshacen por la presión del dedo cuando se les toca; por todas partes corren arroyos sulfurosos; los vapores son sofocantes y la respiración es muy penosa. De las entrañas del monte sale ruido infernal; el suelo abrasa, hasta quemar la planta de las botas; es imposible acercarse á él la mano. No es posible permanecer más tiempo en semejante sitio, por lo cual nuestros amigos se apresuran á salir de él, lo cual hacen con los ojos llenos de lágrimas y tosiendo por efecto de los vapores de azufre, con las ropas y el calzado medio destrozados; pero sin embargo contentísimos de haber podido contemplar un espectáculo tan extraordinario.

Al quitarse el sombrero para enjugarse el sudor, Miguel lanzó un grito de sorpresa. Unas horas antes había puesto en él como adorno un ramo de rosagos encarnados y ahora se encontraba con unas flores blancas como el azahar. La causa de ese cambio era el azufre, que tiene la propiedad de decolorar los objetos.

La mañana había sido espléndida; pero al empezar el descenso de la montaña, el cielo se cubrió repentinamente de grandes nubes negras y se dejaron oír truenos formidables repercutidos por todos los ecos. Al mismo tiempo empezó á caer con inaudita violencia lluvia diluviana. Parecía que un río derramaba en aquellos sitios sus ondas heladas; á esto se agregaban ráfagas furibundas, que derribaban los árboles unos contra otros; en un momento se formaron cascadas, que arrastraban con impe-



La bajada al volcán.

tuosidad piedras y troncos de árboles. El camino, ya difícil, se vuelve casi impracticable; el pie resbala sobre la tierra arcillosa; á cada instante están expuestos nuestros amigos á caer en un precipicio.

Por fortuna, esta horrible tempestad, de que no es posible formarse idea en las regiones templadas del globo, no debía durar mucho. Después de entretenerse por espacio de una hora á todo su furor, empezó á calmarse; el Sol salió con todo su brillo de detrás de las nubes, devolviendo un poco de calma á nuestros aventureros, que mil veces pensaron tener la suerte de los árboles que veían caer rotos ante sus ojos.

Al llegar al pie de la montaña encontraron su coche y, montando en él, volvieron á tomar el camino de Batavia.

Los estragos causados por la tormenta se extendían á lo largo del camino. En el suelo yacían multitud de árboles, rodeados de frutos dispersos. Miguel y sus compañeros bajaron del coche para recoger algunos, cuando de pronto el Sr. Lytton lanzó un grito de angustia. Una serpiente acababa de alzarse en medio de la hierba, picándolo en la mano. Miguel cogió con la rapidez del relámpago el miembro herido, y llevando la picadura á su boca, no obstante la resistencia del inglés, empezó á chupar con energía la llaga producida por la serpiente, parándose de cuando en cuando para escupir la saliva envenenada.

— Espero que no será nada, dijo al cabo de algunos momentos, encendido el rostro, tanto por la emoción cuanto por los esfuerzos que había hecho. He visto practicar este método en distintas ocasiones por un negrito amigo mío — ¡ pobre Zimbo ! — siempre con éxito. Espero que no será nada.

— Y yo confío sobre todo, contestó conmovido el

inglés, que este acto de abnegación no tendrá ninguna mala consecuencia para V; de otro modo...

— No hay ningún peligro para mí; nunca le ha pasado á Zimbo nada por haber procedido de este modo.

— He oído decir efectivamente, replicó el Sr. Lytton, que el veneno no es temible sino cuando entra en la sangre. De todos modos, joven amigo mío, á su presencia de ánimo debo estar aún con vida, pues nadie ignora que las serpientes de Java, lo mismo que las de la India y de Australia, son de especie *naja* ó *cobra*, y que su picadura mata en algunos minutos.

— Sea como quiera, exclamó el Sr. Blondeau, que á pesar de todas estas seguridades no estaba tranquilo por sus compañeros, vamos andando y de prisa.

En efecto, era prudente llegar pronto á Batavia para que un médico examinara la herida del inglés y convencerse de que la generosa intervención de Miguel no le hacía correr peligro ninguno.

— Ah, exclamó el Sr. Lytton, una vez que estuvieron en el coche y cuando la emoción producida por el incidente que acabamos de relatar se hubo calmado, este país es magnífico, pero toda medalla tiene su revés. En Java es la presencia de las serpientes, cocodrilos, tigres, panteras, chacales y otros animales feroces. ¿ Saben Vds. que en uno de estos últimos años han muerto víctimas de ellos 525 personas; 273 fueron comidas por los tigres, 158 por los cocodrilos, veintidós murieron por efecto de picaduras de serpientes y 72 aplastadas por las patas de los rinocerontes. Sin V., amigo mío, añadió, dirigiéndose á Miguel, habría habido este año que añadir un nombre más á la lista de sus víctimas.

— ¡ Y cuántas han sido devoradas por los mos-

quitos? preguntó el Sr. Blondeau, pegando con sus manos una contra otra y matando del golpe un centenar de estos insectos. Puede decirse que en los países cálidos y húmedos constituyen verdadera plaga.

El médico examinó muy bien á nuestros dos viajeros y declaró que no tenían nada. Sin embargo, recetó algunos medicamentos y dió la enhorabuena á Miguel por el valor y presencia de ánimo que demostrara en tan arriesgado momento. En realidad, el joven argelino había salvado la vida á su compañero de viaje.

LXXVIII. — ARREGLO IMPREVISTO.

El Sr. Lytton hubiera deseado dar á Miguel un testimonio de su gratitud, pero no sabía cómo hacer. No quería ofrecerle dinero, pues estaba convencido de que se negaría á aceptarlo. Entonces pensó en llevárselo á Bombay; tenía muchas relaciones en esta ciudad y pensaba que podría obtenerle allí un buen empleo. Sin embargo, Miguel se negó.

— Muchas gracias, le dijo; pero el puesto que voy á ocupar en la casa Butler, Caxton y Cía. lo debo al Sr. Lebel, y sería corresponder mal al interés que me ha demostrado abandonándolo.

— El que yo obtendré para V. será mucho más lucrativo.

— No importa, contestó suavemente Miguel. He aceptado éste, me han pagado mi viaje... pero no vaya V. á enfadarse conmigo. Sentiría mucho que V. me creyera indiferente á su bondad.

— De ningún modo. Lo siento, pero apruebo la honradez y lealtad con que V. procede.

Las cosas debían arreglarse según deseaba el Sr. Lytton.

Al día siguiente, cuando Miguel se presentó en el despacho de los Sres. Butler, Caxton y Cía., lo introdujeron en el despacho del representante. Los Sres. Lytton y Blondeau habían querido acompañarlo.

El representante miró uno después de otro á los tres forasteros, como preguntándose cuál de ellos era su empleado.

Y al ver que Miguel se adelantaba.

— ¿Es V., le dijo con tono poco amable y gran extrañeza, la persona que me viene recomendada de Sidney?

— Sí señor, contestó tímidamente el muchacho.

— ¿Qué edad tiene V.?

— Diez y seis años.

— ¡Diez y seis años! ¿En qué piensa la casa de Sidney al enviarme un niño cuando le he pedido un hombre?

Miguel se había puesto muy encendido.

— De todos modos, siguió diciendo el otro, tendré que emplearlo, ya que lo han contratado, y hasta ver qué se puede hacer de V.

— Es inútil, dijo el Sr. Lytton secamente adelantándose y hablando á su vez, y si Miguel Móser quiere venir conmigo á Bombay, me encargo de buscarle un puesto donde lo apreciarán mejor. Ya se lo había propuesto, pero no había querido aceptarlo por no faltar al compromiso adquirido con su casa. La acogida que V. le hace le devuelve su libertad, y espero que ahora no se negará á venir conmigo.

En efecto, dos días después, Miguel y el Sr. Lytton se despedían del Sr. Blondeau, embarcándose para *Singapur*, á donde llegaban cuarenta y ocho horas más tarde.